

Crónica

Palma, manual de uso

CARLES CABRERA

Quizá un libro parido en Palma, como el del profesor y crítico Josep Maria Nadal Suau (Palma, 1980), sólo cobraba sentido si se estampaba en su misma ciudad. *Temporada alta* es un título que se lee igual en catalán que en castellano, pero fluye en este último, el que habitualmente usa el autor. En cuanto al género, tiene más de crónica que de filosofía, entre la autobiografía y el *fake*, y encaja en el ensayo por descarte de mejor emplazamiento. Hemos desgajado ya algunas palabras-clave; cultura, arte o territorio serían otros términos que también nos dispensaría cualquier servidor informático. Si se me permite el topicazo, *Temporada alta* supone una obra generacional de la clase media palmesana escudriñada a través de sus ojos.

Para ir sintetizando, Nadal nació en la transición, vio derrumbarse las Torres Gemelas, Lehman Brothers (de paso, se pilló los dedos cuando se cerró la puerta del precario sistema cultural en el que acababa de entrometer las narices) o asistió pasmado al ascenso de Trump. También se remontará atrás, aunque sólo hasta paisajes que le resulten familiares, como la época de sus padres y abuelos, pues ha crecido con ellos. En cambio, la historia pretérita le atrae menos, y libros sobre la misma, Palma ya gozaba en abundancia. Déjenme señalar al menos uno: *En la ciudad sumergida* de José Carlos Llop, maestro y referente ineludible suyo. Nadal es muy observador, escribe como los ángeles y posee el olfato innato del periodista. He ahí los ingredientes necesarios que han permitido la cocción de un plato tan delicioso.

Distingue tres etapas turísticas: desde los Planes de Estabilización a 1979; de su fecha de nacimiento en 1980, porque él lo vale, al 2011, en un escenario postcrisis, y a partir de 2012, la desestacionalización como alternativa al sol y la playa mediterráneos. El conjunto dibuja la caracola de una ensaimada y la centrifugación traerá consigo esta permanente e irónica *Temporada alta* que hará la boca agua de hoteleros y comerciantes. Los turistas lo podrán adquirir a un precio módico a modo de souvenir y “recuerdo de Mallorca”. |

Nadal Suau

Temporada alta

SLOPER. 200 PÁGINAS. 15 EUROS



Pedro Vallín, periodista y escritor

EMILIA GUTIÉRREZ

Ensayo El periodista cultural Pedro Vallín expone con ánimo polémico los valores progresistas del a menudo denostado cine de Hollywood

El crítico intempestivo

ARIADNA GARCÍA LLORENTE

Es miércoles por la tarde en Barcelona y el periodista cultural y redactor de *La Vanguardia* Pedro Vallín (Colunga, Asturias, 1971) presenta su primer libro –polémico en redes desde su publicación– en la librería Laie de Pau Claris, junto a su amigo y director adjunto del diario Enric Juliana. Se habla del título –en palabras del autor– “blasfemo” ¡*Me cago en Godard!*, necesario porque “si uno quiere combatir algo que está muy asentado, o incluso esclerotizado, tiene que usar la forma de panfleto”.

Este pensamiento esclerotizado es el que afirma que “el cine de Hollywood oculta en sus cámaras un instrumento maligno de adormecimiento y adoctrinamiento colectivo”, propio de “esos señores de plumas avinagradas y socialismos de meñique” como los críticos de cine y el mismo Godard, que ha declarado contra estas producciones y que encarna el espíritu de los *auteurs* de cine europeo contra los que el libro arremete, a modo de provocación. Así, defiende la tesis de que el cine verdaderamente progresista –que lo es por “creer que la mejor sociedad no está

frases

“Para los republicanos, Hollywood siempre ha sido una peligrosa reserva de comunistas, judíos, drogadictos y maricones”.

“Los protagonistas de la narrativa habían sido durante siglos reyes, nobles y burgueses (tales eran sus clientes primordiales), y será el cine el que abrace el protagonismo indiscutido del hombre común”.

Godard: “Ensimismamiento individualista que defiende valores burgueses”.

ni en el pasado ni en el presente sino en el futuro” – es el de Hollywood.

Para ello el autor hace una distinción que reconoce maniquea pero que defiende necesaria –pues apuesta por la generalización como método epistemológico– entre el cine de autor europeo y el cine de masas de Hollywood. Desde ahí, analiza las premisas teóricas de las que parten ambos espectros en torno a la esencia del ser humano, la creación, la recepción y su componente ético y político.

El cine de autor sigue la tradición de la novela y comprende –siempre según Vallín– que el ser humano es un extraño para sí mismo, por lo que indaga en las profundidades de su alma, haciendo de la creación una práctica centrada en el yo, ensimismada, autoindulgente, individualista, retratando únicamente los problemas de la clase burguesa –la que puede permitirse esas preocupaciones–. En definitiva, una práctica conservadora.

El cine de Hollywood, por el contrario, no alimenta el concepto clasista del arte y sigue la lógica milenaria de la narración de historias comunes que se nutren de arquetipos del inconsciente colectivo, que son transhistóricos pero que se adaptan a su contexto, y que nos apelan a todos: el cine negro apunta a los poderes económicos y políticos; el arquetipo de la *femme fatale* muestra a las mujeres como sujetos –y no objetos– sexuales; el superhéroe emplea sus facultades en beneficio de la comunidad y el héroe común siempre hace “lo correcto”; las películas adolescentes van contra los *bullies* y el cine de negocios muestra el subterfugio, la ambición y la mentira de la empresa; y, finalmente, la ciencia ficción, el cine fantástico y el terror sirven de termómetro privilegiado de los humores ciudadanos, de su autoestima en un modelo social y político. Y por eso Hollywood siempre ha sido incómodo para los sectores conservadores del país.

Además, tiene finales felices. Éstos son tildados de ingenuos y fáciles en una Europa donde “tendemos a confundir profundidad con espesura, calidad con dificultad”. Y como el pensador intempestivo Friedrich Nietzsche, Vallín arremete contra la moral judeocristiana que ensalza el sufrimiento, aquella por la que un joven Pedro fue interpelado cuando “fuimos informados de que todo ese regocijo en el despiporreo audiovisual era pecado: ceñudas teorías culposas comenzaron a llegar a través de las lecturas de filosofía en el instituto” por lo que “había que autolesionarse con pelis europeas”. El autor, siguiendo a Umberto Eco, apunta que la felicidad necesita abogados: la gente que disfruta “sueña, añora mejorar, aspira a más, se conmueve con las injusticias, se frustra con las desigualdades, se compadece de los desafortunados y quiere tener fe en el futuro”, es decir, es genuinamente progresista. |

Pedro Vallín

¡Me cago en Godard!

ARPA. 304 PÁGINAS. 19,90 EUROS